

La Banda Angelical

GERMÁN DEHESA

Pitágoras era un ocioso y, como tal, un hombre respetable y creativo. Se le ocurrían puras locuras que, además, terminaron siendo razonablemente ciertas. Por ejemplo, le dio por pensar que el universo y la música -ese universo paralelo- estaban regidos por las mismas leyes. Fray Luis de León, en ese alarde de futurismo político que se llama *Oda a Salinas*, retomó este asunto de la música de las esferas. Algunos años después, Sor Juana en un tratado musical hoy perdido y que llevaba el locochón título de *El Caracol*, en su penumbroso y deslumbrante poema del *Primero sueño* y particularmente en la *Respuesta a Sor Filotea* se refina, con lujo de detalles, una larga disquisición sobre este asunto de la música y el universo. Paralelamente Bach, Mozart y otro nutrido grupo de disidentes de Venus Rey le daban certeza auditiva a la intuición pitagórica. De Salzburgo nos trasladamos a Metepec en un viaje con escalas (musicales) y nos encontramos con otro grupo de ociosos: los artesanos del barro. Son realmente exquisitos. Veán si no, esta maravillosa colección de ángeles filarmónicos que obra en poder de mi amiga Gloria que, dicho sea de paso, es otro ángel. Inspirado en esta *Sonora celestial* y con motivo de las inminentes celebraciones navideñas, he decidido imaginar la biografía de algunos de estos angélicos ejecutantes. Lo hago a imitación de Marcel Schwob con el mérito adicional de no haberlo leído nunca.

Un ángel llamado Angeles

Es cosa sabida que los ángeles no tienen sexo. De ahí se deriva su consagración a la música y su devoto aburrimiento. Antes de su elevación a las altas esferas teológicas, este ángel fue mujer, fue secretaria de Pesca, estuvo en las Cámaras y respondió un Informe presidencial. Tan resignada y ascética tarea le valió su elevación a los altares y su inclusión en la orquesta filarmónica celestial (la famosa OFC). Dentro de ella, su tarea es coordinar el trabajo de percusión en las raras ocasiones en que la formación orquestal condesciende a ejecutar músicaailable, o -peor aún- ritmos tropicales. El resto de la eternidad, este ángel utiliza su tamboril para llamar energicamente la atención de los ángeles del ala izquierda (los hay que tienen dos alas izquierdas) cuando, inflamados de soberbia y de ganas de molestar, pretenden interpelar los divinos informes que, dada la infinitud del informante, son eternos y lo abarcan todo. En tales circunstancias, se ha vuelto cada vez más frecuente que algún ángel intente insubordinarse. Cuando es-to sucede, nuestro ángel interviene y le recuerda al luciferino espíritu que la interpelación se da únicamente entre pares y como Dios (uno y trino) es non por donde se le quiera ver, pues nomás no ha lugar a la interpelación. Con tan enérgica actitud, este ángel se ha ganado la mala voluntad del resto de los ángeles que contemplan con horror la posibilidad de que el discurso divino supere pronto la oceánica oratoria de Fidel Castro.

Querubín guanajuatense

Se llamaba Porfirio y sus rubicundos mofletes avisaban ya su inminente condición de querubín, misma que consiguió gracias a la laboriosa mediación de su amigo Téllez-Cruccs y del profesor Olivares Santana que, al igual que la divinidad y que la humedad, aparece en todas partes, pero no permanece en ninguna. Porfirio ya milita en las bandas seráficas, pero todavía no logra aclarar múltiples puntos oscuros de su trayecto terrenal. No ha logrado, por ejemplo, probar su origen guanajuatense ni mucho menos su arraigo, pues las únicas pruebas que aduce a su favor son una calle de Moroleón que lleva su apellido y su conocimiento apabullante de la obra completa de José Alfredo Jiménez. Del mismo modo, el ángel que en vida se llamó Porfirio no acaba de aclarar su desempeño al frente del PRI, institución pecaminosa como pocas y algunos pasajes poco claros de su trayecto neoyorki-no. Lo ha salvado, hasta ahora, su vasto repertorio musical. Para cada reconversión divina, este ángel encuentra siempre la canción adecuada: *Poco a poco*, *Despacito*, *Corazón*, *Amanecí en tus brazos*, etc. No obstante su difícil posición este ángel es de los que suelen encabezar las interpelaciones y, tras haber sido recibido extraoficialmente por el Espíritu Santo (*Paloma querida*) el antiguo Porfirio ha sido confinado a la zona más baja del cielo donde, por no estar mano sobre mano (o ala sobre ala) se dedica a hacer de las nubes terciopelo.

Ángel tunero

Es ángel interino, aunque pretende renunciar a su interinato y solicitar de las divinas potestades la reconsideración de su caso y, si procede, su reclasificación como ángel definitivo. El asunto ha provocado celestial revuelo, intenso batir de alas y una constante y pluviosa colisión de nubes. La divinidad en un soliloquio triple con sus tres divinas personas ha caído en infinita perplejidad. Un ángel-estafeta fue enviado al infierno donde los teólogos arden en compañía de los intelectuales y de Raúl Velasco, para consultar a los expertos en tan divina y escabrosa materia. Juan de Panonia deslizó la teoría de que se trataba de un intolerable caso de reelección angélica. Alberto Magno dijo (en latín) que el asunto estaba muy cabrera. Eduardo de Lovaina comentó que la cuestión no tenía nada de particular y que se arreglaría con permitir que la población angélica lo decidiera por democrática votación. Raúl Velasco comentó que en este problema aún hay más. Por lo pronto, el ángel interino ya renunció a su prístina condición y vuela rumbo al limbo sin más compañía que un instrumento que parece laúd, pero se toca como viola (perdonando la expresión) y suena como mandolina. En las noches sin lluvia y sin ozono, su dolorido canto llega hasta la tierra y en su eco lastimero y lejano parece decir: me he de comer esa tuna...

El pan de los ángeles

Quizá sería más correcto decir: los ángeles del PAN. Este que ven se llamó Luis H. y muy simbólicamente fue asignado a la orquesta angélica como tañedor de acordeón, un instrumento que, sin ánimo de albur, crece enormemente para luego reducirse a su mínima expresión. Tal fue el destino terrenal de Luis H. Años estuvo amasando su pan con raciones de triste y siempre magro trigo (diez pilones al que repita este renglón sin que se le haga moño la lengua) y cuando, por fin, logró que el pan fuera apto y suficiente, ese mismo día comenzó a desmoronarse y convertirse en lo que indistintamente llamamos migajas, morusas o puruchas. En este caso lo alarmante fue la rapidez con la que ocurrió. Dicen que no fue un desmoronamiento natural, sino que la jerarquía eclesiástica que tantos años llevaba marginada de sus naturales placeres, se apresuró a desmoronarlo para sopear su canónico chocolate. Vaya usted a saber. Luis H. toca infinitamente el acordeón y en su repertorio incluye *Las hojas muertas*, *Aventurera*, *Besos robados*, *Distinto amanecer*, *Doce cascabeles*, *¡Qué bonito es Chihuahua!* y muchos éxitos más.

Una vida ejemplar

Este ángel cuando nació era presidente de la república. Es decir, tenía todo en su contra. Su vida fue un largo y sostenido esfuerzo por superar lo que en televisión llaman fallas de origen. No fue fácil. Adquirir y acumular son tareas vulgares y al alcance de cualquier espíritu menor. Ascender del difícil camino que conduce al anonadamiento y al anonimato es misión de unas cuantas almas elegidas. Entre ellas habrá de incluir, avisado lector, este ángel que con implacable voluntad superó su difícil origen y fue ascendiendo la tortuosa escala de Jacob que, diga lo que diga la Biblia, conduce a la populosa base de la pirámide. De presidente pasó a ministro, de ministro a abogado, de abogado a mozo de casa rica, de ahí al seminario y por fin, tras tanto esfuerzo y sin jamás concederse tregua, logró convertirse en pastor de borregos (bromistas, absténganse) en un humilde villorio del estado de Oaxaca llamado Guelatao. Su siguiente objetivo era llegar a ser nadie. De tan desmedido esfuerzo vino a salvarlo la piadosa providencia que, recogiendo lo transportó en un hemicycle al cielo donde, de inmediato fue asignado a la Sinfónica Angelical y provisto de la más poderosa trompeta con la que trazó en el cielo las cláusulas del tratado de libre solfeo. Entonemos con ella un canto a su gloria y a su imitable existencia.